

Otroso

Últimas noticias del mundo subterráneo

Graciela Montes

loqueleg

Se empieza como se puede o La punta del ovillo

Esta historia que les voy a contar aquí no sé muy bien dónde empieza y ni siquiera sé dónde termina. No sé bien si empieza el día en que se pusieron a cavar, después de levantar con mucho esfuerzo (porque estaba tan pesada) la primera baldosa, o si empieza muchos meses después, cuando dieron por terminada la excavación y volvieron a colocar las baldosas en su lugar, de modo que pareció que debajo del piso de la cocina no había nada (y sin embargo había, ¡claro que había!, había mucho: había todo lo que quiero que entre adentro de esta historia).

Pero cuando uno se pone a contar una historia, uno no sabe bien. O sabe bien, pero no sabe cómo. Y eso porque las historias empiezan a crecer de manera muy desprolija, un poco a gotas y un poco a borbotones, y a veces aparece primero el principio y después el final pero otras veces es al revés y lo único que está

al principio es el final, y hay que ir siguiendo el hilo hasta encontrar el principio, que está del otro lado del Laberinto. En el hilo de Ariadna estoy pensando (no sé si conocen a Ariadna pero les cuento que con un hilito, con apenas un hilito, salvó a su enamorado del hombre-toro, que parecía inmortal).

8 “Este libro es un lío”, dicen algunos (los más impacientes): “en vez de contar una historia bien contada, como hay que contarla, se viene con esta cuestión de los laberintos y los hilos y las Ariadnas (que no son Adrianas) y uno no entiende bien dónde demonios se ha metido”. Yo me defiendo (tengo que defender mi historia) y digo: “Y bueno, leer un libro no tiene por qué ser tan fácil. A veces también hay que encontrar el hilo para salir del Laberinto”. Sin contar con que lo de Ariadna, ya van a ver, viene a cuento.

Por otra parte, no es tan raro que no sepa por dónde empezar (aunque ya, ya siento en la punta de los dedos el hilito de esta historia) porque yo esta historia un poco la sé porque la sé (como la saben tantos otros en el barrio, y más siendo, como soy, cronista principal y corresponsal único de *La Gaceta de Florida*, que sale un jueves sí y tres jueves

no y que si se apuran todavía pueden conseguir en el quiosco de Ángel), y otro poco la sé porque me la contaron los que estuvieron viviendo adentro de ella. Quiero decir que un poco la sé porque vivo por acá cerca, y estuve una vez por lo menos en la cocina de las baldosas levantadas y muchas veces en el tallercito de la calle Warnes y en la ferretería de la vuelta y en muchos otros sitios por donde se entra a esta historia, y otro poco la sé porque me la contó (cuando tuvo ganas de contar) Ariadna González, protagonista, y, años después, el Batata Tomasini, también protagonista. No son los únicos, claro está, hay varios más: está Hugo Berenstein, está Teresa Díaz –la Tere– y está Rosa Jaramillo, que tiene nombre de ramo. Y más adelante, ya van a ver, Ricardo Renner. Y no solo ellos sino muchos otros son personajes grandes y chicos de esta historia, porque en mi barrio (yo vivo en el barrio de Florida) siempre sucede que todos se meten en las historias y entran y salen de ellas; es más: cuando hace calor, se sientan a tomar cerveza a la puerta de las historias. Créanme, el barrio de Florida es así como les digo. Y yo sé lo que les digo porque hace años de años que vivo acá: mi casa es esa

medio amarilla y medio rosada, del otro lado de la estación del tren, justo donde empiezan a crecer las campanillas azules en el cerco.

Fue en Florida; en ningún otro barrio pudo crecer esta historia.

10 “Bueno, basta”, dicen los que estaban impacientes antes y ahora ya están enojados: “sabemos que esta historia sucedió en Florida pero el resto sigue siendo un lío”. Y yo (para tranquilizarlos) digo: “Está bien, voy a poner un poco de orden en todo esto”.

Así que –y esta vez va en serio– esta es la historia de Ariadna y la baldosa y el barrio de Florida.

Ahora es cuando los que leen empiezan a preguntarse quién es Ariadna y cuando yo, que soy el que está tejiendo esta historia –que será una historia un poco desprolija, no digo que no, que va y que viene y que a veces se enreda, pero una historia–, sé que llegó el momento de presentar a los personajes, si no quiero que se me pierdan los puntos ni los lectores.

El autor hace el identikit de los personajes (y demuestra con eso que quiere ordenar la historia)

No sé cuántos años tendrá Ariadna hoy, habría que hacer la cuenta, pero, para cuando empezó esta historia, tenía quince, me parece.

11

Ariadna tiene la piel pálida y suave y en ese entonces usaba el pelo muy largo. A los quince, lo que más le hubiese gustado en el mundo a Ariadna era ser flaquita como la Tere, porque a ella los bluyines le quedaban muy ajustados (las dos nalgas le florecían debajo del bluyín como dos lunas) y siempre que pasaba por el taller de Warnes le decían cosas, y ella se ponía colorada como un malvón y parecía que iba a estallar. A veces daba la vuelta a la manzana para no tener que pasar por el taller, aunque para eso tuviese que caminar más cuadas.

El padre de Ariadna es electricista. Bueno, era: murió el invierno pasado. Se llamaba Gervasio, Gervasio González, que no sé por qué siempre me

pareció un nombre raro. Tenía un portafolios de cuero endurecido y viejo, muy hinchado siempre y mal cerrado con una hebilla, del que brotaban cables, pinzas y enchufes. Trabajaba por su cuenta: a veces conseguía algún conchabo grande, en un edificio del centro, pero las más veces solo hacía changas por el barrio. Cuando Ariadna era chica, Gervasio González le hacía pulseritas de colores con los pedazos de cable que le sobraban, y encima de la cama le había instalado un farolito que se encendía y se apagaba solo, como un arbolito de Navidad. Pero, para los días en que empezó esta historia, hacía tiempo que el farolito había dejado de funcionar, aunque seguía colgado, llenándose de polvo y temblando cada vez que alguien abría o cerraba la puerta. Siempre que Ariadna le pedía al padre que se lo arreglara, él decía que después, que más tarde.

La madre de Ariadna es nuestra loca, la única loca que tenemos en el barrio (si se descuenta al linyera, que también es loco pero que no se puede decir que viva acá porque pasa solo los jueves). Se llama María Blanca, María Blanca de González (Blanca es el apellido de soltera).

María Blanca se volvió loca cuando Ariadna

estaba en sexto grado. Me contaron –porque para esa época no me ocupaba yo todavía de las crónicas del barrio (*La Gaceta* no había sido fundada) y por lo tanto sabía poco y nada de lo que le pasaba a la gente del otro lado de la vía– que le vino de pronto, en una tarde de octubre, la locura. Que se quedó muy quieta, mirando una pared y rascándose despacito el brazo. Cuando le hablaban, ella no hablaba. Ni miraba. Seguía con los ojos fijos en la pared, rascándose el brazo. Después, de golpe, se echó a cantar, y cantó y cantó muchos días seguidos.

13

Parece que todo el barrio se la pasó hablando de la locura de María Blanca ese verano. Los más burlones decían que, como era la mujer del electricista, era lógico que se le hubiesen pelado los cables. A los más melancólicos se les oscurecían los ojos cuando se acordaban de ella. Pero a la mayoría le daba una mezcla de pena y risa cuando pasaba por la puerta de su casa en Agustín Álvarez y la oía cantar canciones de esas que cantaban las niñas de antes en los recreos.

Ni a Gervasio González ni a Ariadna ni a nadie se le ocurrió que hubiese que internarla, tal vez porque en todos los barrios tiene que haber algún

loco. La llevaron, eso sí, al doctor Benítez, del Hospital Pirovano, y el doctor Benítez les dijo lo que ellos ya sabían: que era una loca mansa.

14 Supongo que vivir con una loca era solo una manera diferente de vivir, porque se fueron acostumbrando. Ariadna, al menos, se acostumbró porque Gervasio González se fue marchitando de a poco. “Estaba tan raro mi papá, tan opaco”, dice Ariadna, “que parecía más loco que ella”.

María Blanca nunca volvió a hablar. Cantaba, eso sí. Cantaba “Arroz con leche”, “Estaba la paloma blanca”, “En coche va una niña, carabín”. Cantaba lindo. Salvo algunos días, los días malos, en que ni siquiera miraba a nadie y dejaba de cantar. Pero en los días buenos cantaba y cantaba, y hasta hacía zapallitos rellenos y budín de pan (que era lo que más le gustaba a Ariadna). El día en que el pelotón policial entró en la casa para revisarlo todo, estaba haciendo budín de pan, me acuerdo muy bien de eso.

A Ariadna le daba mucha rabia cuando María Blanca se quedaba muda, pero cuando le sonreía y cantaba canciones con voz clara en la cocina, sentía algo entre alegre y triste y corría, no sabía bien

por qué, a abrazarla. Esos días eran los mejores. Con un hilo atado en círculo, que Ariadna siempre llevaba encima –y que apuesto a que hoy sigue llevando–, jugaban los juegos que María Blanca le había enseñado cuando era chica. El hilo pasaba de las manos de María Blanca de vuelta a las de Ariadna y después otra vez a las de María Blanca, y formaba dibujos, cambiaba y siempre era el mismo: la cuna, el catre, la estrella, las vías del ferrocarril, y otra vez la estrella, el catre, la cuna... Esos días, a veces, Ariadna iba por el barrio con un peinado nuevo, porque María Blanca había querido hacerle trenzas y enroscárselas formando cintas y moños en la cabeza.

15

Ariadna nunca supo por qué le pusieron el nombre que le pusieron. “¡Qué nombre raro que tenés!”, le dicen todos cuando la conocen.

No es que Ariadna sea el personaje principal de esta historia, pero resulta que es mi personaje favorito, por eso la presento primero.

Después de Ariadna, me parece que mi favorito es Hugo.

Hugo Berenstein vivía, y sigue viviendo, en la calle Vallegrande, a la vuelta de la casa de Ariadna.

Según aseguran muchos, lo de la excavación fue idea suya.

16 Hugo fue uno de los vecinos que más me llamaron la atención cuando tomé la costumbre de cruzar la vía y pasearme por el otro lado del barrio. (En cuanto fundé *La Gaceta* –el primer número salió poco antes de que estallara la historia–, noté que necesitaba con urgencia un corresponsal para cubrir los acontecimientos del lado de allá del terraplén del tren, y de inmediato me nombré a mí mismo.)

Hugo usaba unos pulóveres muy largos. Tenía uno, de color rojo, que le llegaba casi a las rodillas (aunque tal vez, ahora que lo pienso, eso no se debiese a que el pulóver fuera tan largo sino a que Hugo era petiso y las rodillas no estaban tan lejos de los hombros al fin de cuentas). Tenía el pelo muy negro, largo hasta los hombros, y siempre, hasta en verano, una bufanda enroscada al cuello. Caminaba con las manos en los bolsillos y miraba por entre los mechones largos y lacios como quien mira por entre rejillas. Casi siempre parecía enojado Hugo, y hablar, hablaba muy poco (jamás pude sacarle una palabra, una sola, que me ayudase a reconstruir esta historia).

Leonardo Berenstein, el padre de Hugo (Hugo lo llamaba Viejo) es contador. Trabaja en Maxiglás, la fábrica de envases de vidrio, la que está por Cetrángolo, de paredes amarillas, y cuentan (pero a mí me parece una barbaridad) que solo faltó dos veces a la oficina en veinte años. Tampoco él habla demasiado. Todo el mundo sabe que, en casa de Hugo, la que habla es Clara Berenstein (o sea –diría Hugo– la Vieja).

17

Clara Berenstein cambió tanto en estos últimos años que a uno le cuesta recordar cómo era en ese entonces. Todos dicen que se pasaba la vida preocupada por Hugo, que si comía, que si no comía, que si crecía, que si tenía frío, que si estaba abrigado, que si llegaba tarde... Doña Enriqueta, que vive enfrente de los Berenstein, siempre se acuerda con una risita de cuando Clara corría a la puerta para preguntarle a Hugo si llevaba puesto el pulóver. “Ponételo, Huguito”, le gritaba, “por si refresca”. Hugo metía las manos en los bolsillos, apretaba los dientes y apuraba el paso. “Se hacía el que ya se había ido”, dice doña Enriqueta, y se ríe.

El Batata Tomasini, no sé por qué, me daba un poco de risa.

Al Batata Tomasini no hay quien no lo conozca hoy en Buenos Aires, pero para ese tiempo solo lo conocíamos nosotros, los del barrio.

18 Al Batata lo llamaban “Batata” por la nariz. En primer año, cuando le decían “Batata” él se ponía furioso y se agarraba a las piñas con cualquiera en el recreo. Pero después se había ido acostumbrando. Ahora –ya vieron– cuando le preguntan cómo se llama, él dice que se llama Batata Tomasini, y creo que ni siquiera se acuerda de Emilio, que fue su primer nombre.

El Batata es alto, muy alto, y a los quince tenía la cara llena de granos. Lo que más le gustaba en el mundo era la música, tocar la guitarra, poner casetes, ir a un recital cuando podía, todo eso.

El Batata y Hugo eran amigos desde siempre. Nadie entendía bien por qué porque parecían muy distintos (“Aceite y vinagre”, decía la abuela Hernández, “hacen buena la ensalada”). A veces se pasaban horas y horas hablando vaya uno a saber de qué cosas, o nada más sentados en silencio.

Para la época de nuestra historia, Antonio Tomasini, el padre del Batata, trabajaba en la ferretería del padre de Rosita, de Jaramillo. Después pasaron cosas de esas que no se perdonan y se fue dando un portazo, pero eso fue después, claro. Tomasini atendía a los clientes y el señor Jaramillo se ocupaba de la caja. Tomasini usaba un guardapolvo gris; el señor Jaramillo, en cambio, no usaba guardapolvo: usaba camisa sin corbata y un chaleco de lana a cuadros. El Batata se daba cuenta de que al viejo no le gustaba nada el trabajo porque, en cuanto llegaba a la casa, tiraba el guardapolvo gris en un rincón y buscaba el violín. Había aprendido solo a tocar el violín, y lo tocaba bien, al Batata le gustaba.

19

Analía Russo de Tomasini, la mujer de Antonio, no es la madre del Batata, es la madrastra. No se podría decir que Analía y el Batata se llevaran mal, pero tal vez decir que se llevaban bien sería un poco exagerado. En realidad, Analía estaba siempre demasiado ocupada con la casa y con las mellizas para llevarse con nadie. Para el Batata, las hermanitas, las mellizas, eran lo mejor de todo: las llevaba a caballito en los hombros y galopaba por la casa, y

Analía le gritaba que tuviese cuidado, que se le podían caer.

20

La Tere y Rosita Jaramillo siempre fueron carne y uña. Habían sido carne y uña en la escuela primaria, y para cuando empezó esta historia, seguían siendo muy amigas y se pasaban la vida con las caras juntas, rozándose casi y pasándose secretos. Por eso pienso que ha de haber sido terrible para ellas tener que separarse.

La Tere es flaquita como un fósforo y, además, tiene el pelo colorado. Son cinco hermanos los Díaz, y ella es la más chica.

Julio Díaz, el padre de la Tere –todos lo llamamos Chacho– tiene un taller mecánico. Del Chacho Díaz puedo decir dos cosas: que es un genio con los motores y que siempre se está riendo (todos dicen que es el tipo más simpático del barrio). La Tere es su favorita. Cuando era más chica, la llevaba con él al taller y le enseñaba cosas de motores. La Tere siempre supo mucho de mecánica, de bujías, de engranajes. A los diez años era capaz de cambiarle el aceite a un motor, de emparchar un neumático. También desarmaba

una radio o arreglaba un enchufe... Todo eso le vino muy bien cuando tuvieron que construir las máquinas infernales y el Mamotreto Concuernos, pero eso fue mucho más adelante.

A la madre de la Tere, a María Cecilia Rípoli de Díaz, le parecía terrible que una chica anduviera toda llena de grasa, y, cuando la Tere cumplió los doce, no la dejó seguir yendo al taller mecánico. A la Tere le dio tanta bronca que tiró a la basura las hebillas en forma de mariposa que le había regalado la madre para el cumpleaños. Cuando la Tere hacía esas cosas, las tías que vivían en Cetrángolo decían que era una chica un poco rara. La madre de la Tere estaba muy orgullosa del pelo de su hija, tan espeso, tan colorado, tan lleno de rulos y de vueltas.

Rosita Jaramillo, en cambio, es más bien rubia y tiene la cara redonda. Cuando está agitada se pone rosada, y entonces tiene nombre y cara de ramo.

El padre de Rosita, Bautista Jaramillo, es el ferretero de la esquina. Siempre fue rico. A Rosita y a Nancy, su hermana, no les faltaba de nada: tenían mucha ropa, zapatos, pulseras y un dormitorio todo decorado en rosa y blanco. Nancy, que era cinco años mayor que Rosita, estudiaba en un colegio inglés. Rosita, no.

Jaramillo opinaba que Rosita era un poco lenta, que la cabeza no le daba para un colegio exigente como ese; por eso iba al colegio del barrio.

La madre de Rosita era muy tímida, se parecía mucho más a Rosita que a su hija Nancy. No sé cómo se llama. Todos le decían Mimi y hablaban de ella como si le tuvieran un poco de pena. Cuando Jaramillo y Nancy no veían, Rosita y Mimi hacían tortas fritas (a Jaramillo y a Nancy les parecía que el olor a tortas fritas no iba bien con un dormitorio todo decorado de rosa y blanco). En las tardecitas de verano, cuando Jaramillo y Nancy no veían, Rosita y Mimi baldeaban el patio descalzas.

Un día recogieron un gato que andaba maullando en el terraplén del tren. Le pusieron nombre: Aniceto, y lo escondieron en el patio. Pero Jaramillo oyó los maullidos y las obligó a volver a ponerlo en el terraplén (Jaramillo opinaba que a los gatos lo que más les gusta es afilarse las uñas en los muebles pintados de rosa y blanco). Desde ese día Mimi Jaramillo iba todos los mediodías hasta la vía y dejaba un papel de diario con hígado bien cortado. A veces Aniceto se acercaba a comer mientras ella lo acariciaba. Otras veces tenía

que dejar el papel con hígado y volver a su casa porque ese gato ya no era su gato, se había vuelto gato vagabundo y siempre andaba vagando por el mundo.

Cuando Rosita la veía ir a su mamá, con el papel de diario, sentía pena. Cuando lo veía a su papá volver de la ferretería y tirar el manojito de llaves sobre el aparador, con tanta fuerza que la frutera de loza se tambaleaba, sentía miedo... y últimamente también un poco de rabia.